

VIOLENCIA / BALANCE EN LAS AULAS



BERNARDO DÍAZ

Seis millones y medio de alumnos y alumnas de todas las enseñanzas salvo la universitaria están de vacaciones. Un 26% de los de enseñanza obligatoria fracasa en la escuela.

Y FLORA SÁEZ

Flora Sáez
a huele a vacaciones. El viernes finalizaron las clases para seis millones y medio de alumnos (todos menos los universitarios) y para sus 517.000 profesores. Y podría aventurarse sin temor a grandes equívocos que, en muchos casos, unos y otros se habrán sentido flotar, como liberados de una pesada carga.

Dice el Sistema Estatal de Indicadores de la Educación presentado un día antes por el Ministerio en cuestión que el clima en las aulas «se puede considerar globalmente bueno». Que un 93% de los alumnos/as de la ESO en centros públicos y un 92% en los privados están satisfechos de sus relaciones con otros alumnos, aunque no tanto con los profesores (un 75% y un 76%, respectivamente). Sin embargo, los enseñantes reflejan un descenso en sus niveles de satisfacción bastante significativo: sólo un 64% de ellos considera que sus relaciones con los alumnos son buenas.

Los datos se desprenden de encuestas realizadas en 1997. Probablemente, los resultados de unos hipotéticos sondeos realizados hoy serían peores. Basta visitar un centro para comprobarlo. Y esta periodista lo ha hecho.

— Profe, ¿es que vas a venir tú ahora a darnos clase?

Confieso que no me esperaba una pregunta tan directa, así, nada más entrar por la puerta del aula y sin que ni siquiera la auténtica profesora, Esperanza, me hubiese todavía presentado. Me la hace quien a todas luces es el alumno más bajito de 3º E, con cara de haber roto más de un plato. No aparenta más de 14 años, pero Jesús tiene 16. De su nombre y de su edad me enteraría más tarde porque al chaval le gusta ir de resuelto y enteradillo y no

SALVADOS POR LA CAMPANA

ES TIEMPO de vacaciones y de balances. El cierre de las aulas supone un respiro para los 517.000 profesores españoles ante el clima cada vez más hostil en los centros escolares. CRONICA lo ha comprobado in situ

desaprovecha la ocasión de acercarse y hablarme cada vez que me encuentra por los pasillos del instituto durante los dos días que dura mi visita. Acabo bautizándome el alumno-cicerone.

Pero ahora lo que urge es darle una respuesta:

— De momento no. Soy una profesora en prácticas y todavía estoy aprendiendo.

— Pues aquí vas a aprender mucho.

Jesús es un santo. Uno de los 1.278.781 alumnos matriculados en la ESO (Enseñanza Secundaria Obligatoria) el curso 1999-2000 y su instituto, uno de los 7.011 centros públicos que los acogen. Pertenece a un pueblo del sur de Madrid, un enjambre de 173.772 personas. No es mejor ni peor que cualquiera, una muestra fiel de lo que está pasando. Un edificio principal, un patio, 1.245 alumnos/as (700 de ESO), 86 profesores, tres conserjes, muchos problemas, un orientador, ningún ayudante y una verja que permanece siempre cerrada, para que los alumnos no se escapen, aunque no resulta difícil saltarla.

«Esto no es el Bronx, ni mucho menos. Aquí no nos han pegado a ninguno, ni nos han rajado las ruedas del coche. Pero tenemos tantos problemas que no sabemos qué hacer, estamos desbordados». [Según datos del informe *La salud laboral docente en la enseñanza pública*, presentado en mayo por CCOO, el 80% de los profesores dice tener problemas psicológicos derivados de su actividad profesional].

Los problemas lueven sobre la cabeza de todos, pero especialmente sobre la de Fernando, ocho años como director del centro. «Hace muy poquito estábamos preocupados por qué hacer para que nuestros alumnos aprendieran algo más. Ahora lo que nos preocupa es poder mantenerlos sentados en las sillas. Este año, con la implantación del primer ciclo de la ESO, ha sido terrible».

Pero ahora es Esmeralda la que no acaba de conseguir que los chicos/as se sienten. Por enésima vez pide silencio, pero en su dilatada carrera ha aprendido a no desafiarse a sus cuerdas vocales. Muchos profesores llevan en la

garganta su cruz profesional.

La puerta se abre con estrépito. Son tres chicos que llegan tarde con las manos repletas de bolsas de snacks.

— ¡Eh!, que sepáis que tenéis tres partes por retraso—, les espeta Esmeralda por la espalda.

—¿Pero si sólo hemos llegado tarde dos minutos!

En realidad ya pasan cinco desde las 12.30. Estamos en Tecnología, la penúltima de las clases del martes.

— Vamos a intentar aplicar en ejercicios lo que hemos estado explicando la semana pasada....

Ni caso, el murmullo no baja. —¿Sois conscientes de que está aquí una profesora nueva para ver cómo se trabaja en clase y es imposible hacer nada. Estamos como siempre.

— ¡Estamos como siempre, como chorizos!—, se alza una voz entre la barahúnda.

— ¿Os importaría decirme cuántos de vosotros queréis aprobar, a cuántos os interesan los estudios?—, pregunta improvisadamente Teresa, para ofrecernos un capote sociológico.

Son más de 30, pero no más de siete levantan el brazo. Quizá por pura desidia.

[El fracaso escolar alcanza al 26% de los alumnos de la enseñanza obligatoria]

— Jonatan, a la pizarra.

Jonatan se levanta como un resorte, con visible gesto de contrariedad.

— Jonatan, tira el chupa-chups.

El chaval dobla el palillo y se lo mete en la boca, pero no lo tira. A los diez segundos, vuelve a sobresalirle entre los labios.

— Jonatan, te he dicho que tires el chupa-chups.

— No es un chupa-chups, es un palo.

— Me da lo mismo, te he dicho que lo tires.

Acaba arrojándolo con fuerza contra la papelera.

Reparar seis problemas, mandados de deberes, es el objetivo de la clase. Han transcurrido 15 minutos y el primero de ellos sigue sin resolverse.

— Estos problemas son de Primaria. Ni siquiera tendríamos que verlos en la pizarra. Lo único que tenéis que hacer es sustituir datos en la fórmula que estuvimos viendo la semana pasada.

Vuelve a intentar leer el problema de nuevo.

— ¿Me queréis dejar que acabe de leer...? ¡Cristina y Javi! ¿A qué estáis jugando? ¡A los chinos! ¡A Jefatura los dos!

— ¡Hala! ¡A concursar! ¡Ya ha empezado la lluvia de estrellas!— (En referencia a un programa concurso de la televisión), masculla el alumno-cicerone.

Varios le ríen la gracia.

— Hasta que no echas a alguien de clase no se puede empezar. El problema es que tendría que echar a 10 o a 15, pero no puedo.

A estas alturas, un penetrante olor a ganchitos se ha apoderado de media clase. Procede de los tres tardones. Por si fuera poco,

el ruido chisporroteante de sus bolsas se suma al vocerío.

— David, ¿quieres callarte, por favor?

— Pero si yo estoy atendiendo, profe, ¡no te jode!

Una menos cinco, y el primer problema sigue sin resolver.

— Jonatan, ¿sabes despegar la ene?

— ¡Esto es un caos! ¡Que alguien llame a los antidisturbios!—, vuelve a gritar el de la lluvia de estrellas.

Sólo algún despistado de las primeras filas le pregunta a la profesora a propósito de los problemas: «Pero entonces, ¿cuál es la fórmula?, ¿la de los polipastos? ¡pero qué polipastos ni qué polihostias!»

— Callaos, por favor, que así no se puede dar clase—, suplica Esperanza.

No te preocupes, que nosotros te traemos un megáfono.

Vamos ya por el tercer problema. Sale Juan a la pizarra. Según se acerca, hace señas a los de la primera fila para que le vayan soplando. Por lo visto, no sabe ni cómo comenzar a sustituir los términos de la fórmula: ene es igual a erre mayúscula partido por dos pe. No distingue la resistencia, de la potencia...

— Voy a salir yo y verás—, dice uno, galleando de sus conocimientos.

— El Oso Yogui está en la pizarra, grita otro.

— ¡Que te calles, que te doy, gilipollas!—, se defiende Juan. Esperanza está ahora intentando que

los del fondo no acaben subidos encima de las mesas. No se entera de lo que sucede delante. O quizá sí. En cualquier caso, ¿qué podría hacer? «Tú lo estás viendo», me dice, «¿qué puedo hacer? ¿echar a la mitad? ¿echarles cada día? No puedo»

Ni puede ni sirve de gran cosa. Lo que ahora sucede así lo demuestra. Un golpe seco, contra la cristalera que da al pasillo, que de milagro no se hace añicos. Hay que tirar algo o dar un gran salto para alcanzarla. La profesora abre la puerta para ver qué está sucediendo fuera, en el pasillo. Allí está el expulsado.

PATADAS Y EMPUJONES

— Profe, ¿ha visto?, alguien está dando golpes a los cristales.

Pero en el pasillo no hay otro alguien que no sea él mismo. Esperanza cierra la puerta, con gesto de impotencia. Y en tono parecido discurre lo que queda de clase hasta que suena el timbre salvador de las 13.20. Milagrosamente, da tiempo para ver los seis problemas. Pero todavía queda una clase. La última. La peor de todas.

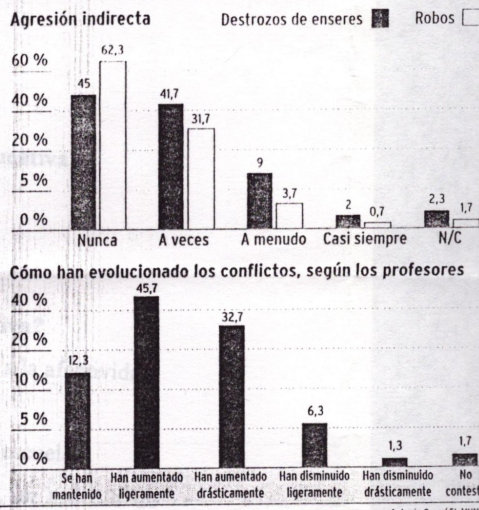
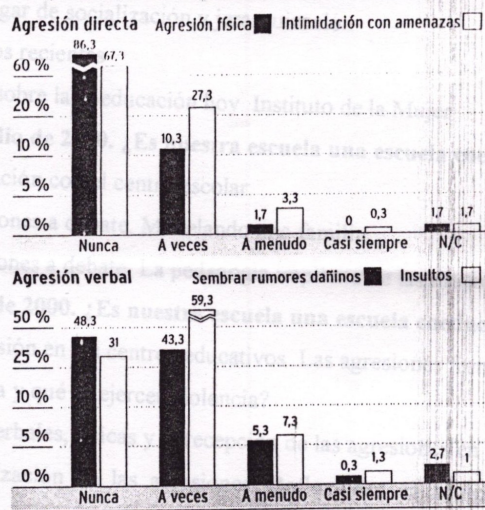
«Pues ya lo has visto con tus propios ojos, ¿qué te parece?», me pregunta, ya fuera del aula. El griterío ha subido varios decibelios, proliferan las carreras y los empujones y hasta se escapa



BERNARDO DÍAZ

Patricia, profesora de música y tutora de uno de los grupos de 2º, en clase.

Agresiones a los profesores y evolución de la conflictividad en los centros



Fuente: Informe del Defensor del Pueblo sobre violencia escolar en 2000.

Antonio Cruz / EL MUNDO

alguna que otra patada, que no alcanzo a distinguir si va en serio o en broma. Dicen las estadísticas que en torno a un 7% de los alumnos sufre agresiones físicas en la escuela.

Respondo que está claro que por la mañana, en la sala de profesores, nada de lo que me decían los compañeros de Esperanza eran exageraciones. María José había sido la primera de mis interlocutoras. Es interina y da clase de inglés. Sustituye a una profesora que se ha dado de baja porque los alumnos estaban haciéndole la vida imposible y temía por su embarazo. «Ellos seleccionan a sus víctimas. Se ceban en el que encuentran más débil. Cuando llegué, un alumno me dijo: "¿Tú no esperas un hijo, verdad? Porque si no no aguantabas aquí. A mí mi madre me ha dicho que cuando un niño está en la barriga recibe todo lo malo que le pasa a su madre"».

Tres de los alumnos de los que era tutora se dieron de baja a mitad de curso al cumplir 16 años, la edad hasta la que es obligatoria la enseñanza.

— O sea, como si fuera una condena.

— Pues sí, exactamente eso.

Hay otros muy conscientes, pero también completamente desmotivados y desinteresados, que lo que te dicen abiertamente es que, por lo menos, están mejor aquí que en la calle.

— La enseñanza obligatoria hasta los 16 años puede parecer toda una conquista ciudadana, y sin duda lo es —tercia uno de los profesores del departamento de Lengua—, pero ocurre que nadie se ha puesto a pensar lo que, en la práctica, una medida así implicaba. Nos faltan medios y preparación. Estábamos acostumbrados a un tipo de chavales que, mejor o peor, venían aquí a aprender, no a gente que viene porque no les queda más remedio. A los 14, muchos dejaban de

de la violencia no le haya llegado ya a la nariz. Cuando las barbas de tu vecino veas cortar... Francia estrenó el año 2000 con un paquete de medidas educativas que hablan por sí solas: desde la intervención de la policía en 225 centros escolares para atajar la violencia, hasta la imposición del estudio de la moral desde los primeros cursos para posibilitar un mínimo de convivencia.

«Violencia? Esto no es Francia, pero violencia siempre ha habido. Siempre ha habido matones en las clases, pero ahora somos más sensibles al tema. Lo que sí hay es una falta de disciplina y una pérdida de autoridad como nunca se han visto, y no sólo en la escuela, también en la familia, en toda la sociedad. Una misma va bajando el listón y, por ese camino, no sé dónde acabaremos. Si has conocido a alumnos que te llaman "hija de..." o te levantan la mano, cuando ves a otros que gritan, nunca prestan atención o tiran las sillas al suelo, te parecen unos angelitos», reflexiona otra de las profesoras de Lengua. [En marzo se supo que el colegio público Ametzaga de Barakaldo (Vizcaya) cerraría definitivamente sus puertas en

junio por las reiteradas agresiones que sufre su personal].

Todos coinciden que este año, quien se ha llevado la palma, es la pobre de Patricia, profesora de Música y tutora de 2º E. Los segundos y los terceros son los problemáticos —con edades entre 13 y 15 años—, especialmente los primeros, y no es sólo una cuestión de hormonas. A éstos, el salto del colegio al instituto, el paso de tener unos pocos profesores a tener 12, les sienta fatal. «Se requiere de estos niños una auto-disciplina que no tienen», explica Patricia.

Pero esa generalidad se queda corta al explicar las dificultades del curso del que ha sido tutora. «Mirados de uno en uno, son chicos majos, pero muy difíciles. Entre más de 30, apenas hay ocho o 10 que no tengan problemas: familias desestructuradas, necesidad de apoyo psicológico...». A comienzos de curso, se midió físicamente con uno de ellos. No llegó a tocarla, pero el chaval se le echaba encima como para amedrentarla. Ella no dio un paso atrás, sino que se puso firme, como plantando cara. Dio resultado, y el niño se arrojó como una pasa. «Muchas veces he pensado cómo responderé si un alumno me agrede. Creo que lo denunciaré a la policía», explica.

Hoy Patricia no tiene clase. Le toca estar de profesora de guardia junto a otros dos compañeros. Los guardianes se encargan de ir recogiendo a los chicos/as por los pasillos y meterles en sus clases, responder a las emergencias y suplir a los compañeros que faltan. Hay que estar a todo, como Fernando, el director, que agobiado por la eventualidad perpetua ha decidido no abandonar ni un minuto el instituto en tanto haya alumnos/as dentro. «Nunca se sabe lo que puede pasar», justifica. Por ejemplo, este año ya ha venido la policía dos o tres veces a traer alumnos que estaban en la calle, o, de repente, me llaman de otro centro para decirme que está allí uno de nuestros chavales». Apenas le alcanzan las horas para dar clase, recibir a padres, pasar revista a los expulsados y sancionados de cada día e inspeccionar los picaportes, puertas y demás instalaciones que caen, víctimas de las patadas.

Pese a todo, prefiere ser optimista y confía en que en el próximo curso las cosas vayan algo mejor. «Sabíamos que este año iba a ser muy difícil, pero nunca nos imaginamos que tanto».

Faltan pocos minutos para las 13.30. Me dirijo a uno de los grupos de 2º, para asistir a la clase de Ciencias Naturales. Por el pasillo me encuentro al alumno-cicerone.

— ¿Qué, todavía tienes ganas de ser profesora?

— Menos mal que sólo es un reportaje, pienso.

«ESCOGEN A SUS VÍCTIMAS ENTRE NOSOTROS Y SE CEBAN EN EL MÁS DÉBIL», DICE UNA PROFESORA

estudiar o se encaminaban a Formación Profesional. Ahora la mayoría de nuestros alumnos lo que quiere es trabajar.

No hay claustro ni profesor de Secundaria al que la aplicación de la ESO no le haya sacudido los cimientos. Ni al que el tufillo